

Laura Guerrero Guadarrama, *La ironía en la obra temprana de Rosario Castellanos*. México: Ediciones y Gráficos Eón/Universidad Iberoamericana, 2005, 102 pp.

Hace tiempo ya que el término “feminista” ha caído en desgracia; es decir, ser feminista, llamarse a sí mismo feminista, ha adquirido un sesgo más bien negativo. Puede argumentarse que el cambio de signo de esta corriente crítica se debe en gran medida a sus propias representantes, quienes han esgrimido un discurso pleno de resentimiento y revanchismo *contra* el género masculino al considerarlo como el principal responsable de reducir a la mujer al papel de incubadora. Así un movimiento que en principio estableció alternativas, respuestas viables ante el constante abuso y marginación padecida por el sexo femenino, en poco menos de un siglo degeneró en una puerta falsa, en una suerte de callejón sin salida, pues observar en el hombre sólo al enemigo, condujo a las mujeres a una batalla en donde triunfar significa poco menos que una condena a la soledad perpetua. ¿Cómo escapar de esta radicalización?, o mejor dicho, ¿de qué medios debe valerse el feminismo si pretende sobrevivir?

Una posible respuesta a los cuestionamientos anteriores la encontramos en el libro que nos ocupa, *La ironía en la obra temprana de Rosario Castellanos* de Laura Guerrero Guadarrama. En este interesante estudio la autora realiza una tarea por demás urgente: la revisión y delimitación del empleo de la ironía en la obra inicial de Rosario Castellanos. Digo que tal labor no podía ya soslayarse, debido a que se ha convertido en lugar común señalar a la ironía como eje cardinal de la obra de esta importante escritora mexicana; sin embargo, después del fundamental trabajo de Nagum Megged de 1984, *Rosario Castellanos. Un largo camino a la ironía*, la crítica se ha limitado a repetir los juicios esbozados por el especialista (muchos de los cuales apuntan con mayor énfasis a la persona y no a la escritura).

El ensayo de Laura Guerrero Guadarrama comienza con una precisa delimitación de sus objetivos:

Este trabajo busca analizar la obra temprana de Rosario Castellanos a la luz de un nuevo posicionamiento crítico, desde la posmodernidad y la crítica literaria feminista [...]

Desde este punto de referencia se hace una nueva lectura de las obras para revelar la búsqueda subversiva de la escritura de Castellanos [...] el cuestionamiento a la tradición patriarcal, al discurso logofalocéntrico que tiene pretensiones de verdad y ha encadenado a las mujeres a las representaciones absurdas de lo femenino (13).

A dicho posicionamiento le sigue una rigurosa revisión de los principales estudios dedicados a la ironía. Las distintas observaciones de teóricos como Pere Ballart, Vladimir Jankelevitch, Wayne Booth, Linda Hutcheon y Douglas Muecke, son puestas a diálogo con el fin de esclarecer cuál es el sentido del empleo de este mecanismo en la obra de Rosario Castellanos. Empero, previo al análisis de cada una de las producciones pertenecientes a la primera etapa de escritura de la narradora chiapaneca, la estudiosa lleva a cabo un aporte por demás sugerente al insertar el estudio de la ironía (sus repercusiones y particularidades) en un marco mayor y más amplio: el de la posmodernidad. Desde esta perspectiva, de acuerdo con Guerrero Guadarrama: “[...] la ironía se ha ido extendiendo hasta dominar la configuración de las obras, desde la temática hasta el desarrollo del estilo. Expresa una manera de ver el mundo, una cosmovisión irónica propia de la posmodernidad” (31).

Lo anterior posibilita asimismo distinguir a la ironía no sólo en tanto signo patente de la posmodernidad en el terreno literario, sino como una de las principales estrategias de subversión¹ puestas en marcha por las escritoras —y también por las críticas— feministas: “la ironía es un aspecto clave que está presente en todas las estrategias de subversión [...]. Subyace en la mimesis analógica, en la inversión, en la percepción reflexiva, por supuesto en la parodia y en el palimpsesto visto paródicamente” (23).

El enfoque feminista se encuentra acotado por el ya clásico estudio de Sandra Gilbert y Susan Gubar intitulado *La loca del desván. La escritora y la imaginación literaria del siglo XIX*; no obstante la pertinencia de la inclusión de algunos presupuestos de este trabajo, los parámetros esenciales para tratar el feminismo en Rosario Castellanos, tal y como lo señala Guerrero Guadarrama, los proporciona la propia Castellanos.

Aunado a lo anterior la investigadora recurre también a algunos de los aportes de la teoría de la recepción. Según Guerrero Guadarrama, la ironía podría representar una de las maneras de llenar los espacios vacíos señalados por Wolfgang Iser como parte de la interacción del lector con el texto.

¹ La propia Guerrero Guadarrama define estas estrategias como: “modalidades del discurso literario que hacen tambalear los presupuestos establecidos sobre lo que significa lo femenino [...] desmantelan los relatos y mitos universalizantes dirigidos y adjudicados a la mujer; cuestionan y destronan la poética patriarcal” (18).

Tras este acertado marco teórico, resulta un tanto extraño que para el análisis de la ironía en los dos relatos primerizos de Castellanos —“Crónica de un suceso inconfirmable” y “Primera revelación” incluidos por el Fondo de Cultura Económica en sus Obras Completas— Guerrero Guadarrama se limite a los criterios planteados por Megged siguiéndolos de manera bastante esquemática. Dicha limitación puede deberse a que, según nuestro juicio, tales narraciones acusan demasiado su carácter de “iniciáticas”, es decir, por más que algunos de los recursos irónicos, que de acuerdo con Megged se encuentran presentes en ellas (“uso de adjetivos y apodos paródicos o irónicos”, “mezcla de palabras y conceptos elevados con términos de uso diario”, etc.), una lectura integral de los textos permite observar que no es la ironía el rasgo predominante en ellos, sino el patente afán trágico, o mejor aún, melodramático. Me parece que, cuando menos en estos relatos, Rosario Castellanos no consigue sortear esa tenue línea que, al decir de Jankelevitch, separa la ironía del moralismo.²

El desacuerdo antes señalado nos es útil a su vez para destacar uno de los principales aciertos del libro (mérito deseable en cualquier ejercicio de crítica literaria), me refiero a la oportunidad que este estudio ofrece al lector de discrepar, de entablar un diálogo con la investigadora, y, a través de ésta, con la obra de Rosario Castellanos.³

Algunas otras valoraciones nos resultan discutibles, por ejemplo cuando la estudiosa afirma que en los cuentos de Castellanos mencionados: “La narradora se autodenigra y denigra a los otros con una inteligencia extraordinaria, provocando el asombro ante su capacidad irónica” (50). La autodenigración no tiene nada que ver con la capacidad irónica, antes bien la contradice, cuando no la niega del todo. De hecho, son potencias contrarias, echar mano de la denigración implica que no se ha tenido la habilidad necesaria para reírse de sí mismo o de los demás, sin que tal risa mueva a compasión; además, denigrar siempre conlleva una especie de ataque, de ofensa muchas veces gratuita. No así la ironía que, en busca de potenciar sus alcances, se aleja de tales agresiones frontales.⁴

² “Un milímetro menos, y el ironista se convierte en el hazmerreír de los hipócritas; un milímetro más y se engaña a sí mismo, como a una más de sus víctimas” (Wladimir Jankelevitch. *La ironía*. Versión castellana de Ricardo Pochtar. Madrid: Taurus, 1986, 113).

³ Un detalle de menor importancia pero que no deja de llamar la atención, es el uso de la diagonal para englobar los géneros, por ejemplo el/la receptor o el/la lector. Tal uso nos parece más una práctica que, al intentar ser políticamente correcta, intensifica la diferencia innecesariamente.

⁴ Al respecto concordamos con la propuesta tanto de Pere Ballart como de Roland Barthes. Para el primero: “La estrategia en orden a la cual disponen su significado las

El profundo conocimiento de la obra de Rosario Castellanos que tiene Guerrero Guadarrama, se pone de manifiesto cuando atinadamente anota que tanto los relatos como la obra teatral, *Tablero de damas* (también parte del corpus analizado) constituyen claros antecedentes de obras posteriores de la autora de *Balún Canán*. Con esta interpretación puede trazarse cierta línea de escritura que logra redondear el planteamiento inicial; ni ida, ni regreso, la ironía en Castellanos fue una actitud constante frente a la escritura.

El último apartado del libro dedicado a la tesis *Sobre cultura femenina* de Castellanos, evidencia lo anterior. En él la investigadora lleva a cabo un magnífico examen que proporciona las pautas para una lectura más atenta, crítica y, a un tiempo, lúdica de la obra completa de esta ya imprescindible escritora mexicana.

Retomando lo dicho en un principio, la única manera en que el feminismo y sus representantes pueden constituir una opción para las mujeres es con la práctica cotidiana de la crítica, con el análisis riguroso del discurso del *Otro* pero, sobre todo, del propio. Tal es la postura que exige una obra de la importancia de la de Castellanos; por la que aboga la misma autora en su tesis; es decir, la conformación de una cultura femenina contestataria pero que no incurra en los mismos errores señalados en la cultura patriarcal (exclusión, menosprecio, androginia, en este caso, etc.). Sin duda, trabajos como el de Laura Guerrero Guadarrama se insertan en la línea propuesta por Castellanos, en esta búsqueda por “un nuevo modo de ser humano y libre”.

RAQUEL MOSQUEDA RIVERA
Instituto de Investigaciones Filológicas
Universidad Nacional Autónoma de México

obras irónicas es, de hecho, un oscilar constante entre la opacidad y la transparencia, oscilar que las hace rehuir por igual el mensaje explícito, que volvería gratuito el uso de la ironía, como la alusión demasiado oscura, que se negaría a la interpretación incluso del lector más avisado”. (Pere Ballart, *Eironeia: la figuración irónica en el discurso literario moderno*. Barcelona: Quaderns Crema, 1994, 427); también para Barthes, la sutileza es una característica intrínseca de la ironía: “La ironía está en su máximo de eficacia cuando menos presente está, cuando está casi *in absentia*” (Roland Barthes. *S/Z*. Trad. Richard Miller. New York: Hilland and Wang, c. 1974: 191).